

# Cambio de Ruta

Hemos hasta aquí seguido al protestantismo liberal en la complejidad de sus negaciones religiosas y en su completa disolución bíblica; tal vez nuestra labor haya sido para muchos de los lectores poco interesante, pues hubimos de limitarnos, en nuestros estudios previos, a una revisión más o menos completa de sistemas, que hoy por hoy pertenecen en su estructura material, aunque no en su formalidad, al dominio de la historia bíblica. No debemos, sin embargo, perder de vista, que tales sistemas fueron los que prepararon el camino al neoprottestantismo, que hoy tiene concentradas sus energías científicas, en lo que se ha dado en llamar la ciencia de las religiones, a la cual, y para conservar su propia existencia, ha tenido que agarrarse la reforma como a última tabla, de salvación.

"El protestantismo, dice a este propósito un gran pensador Católico, el dominico alemán P. Weiss, empezó limitando su acción disolvente a la estructura eclesiástica del cristianismo, y luego le extendió a la Revelación divina. Su empresa quedó terminada, al terminar con ellas. Pudo entonces, o mejor dicho, debió retirarse; mas; he aquí que la ciencia de las religiones ha venido a dilatar su obra y a aplicar contra todas las religiones en general los principios que el mismo aplicó con éxito contra la iglesia y la religión positiva y sobrenatural". (El Peligro religioso", Cap. V, El Neoprottestantismo). De esa ciencia de las religiones habremos de ocuparnos más adelante y cuando hayamos terminado con la historia del racionalismo protestante, que desde hace meses traemos entre manos.

Hay que confesar que, después de los atrevimientos racionalistas de Strauss, del que en los artículos anteriores nos hemos ocupado, el liberalismo racionalista adelantó muy poco, si bien sea cierto que, después de las negaciones de aquél, bien poco le quedaba que hacer. En varias ocasiones hemos hecho notar que el protestantismo es una religión de "negaciones", más bien que un conjunto de dogmas positivos. Empieza negando que Cristo dejase en su Iglesia un órgano auténtico de interpretaciones bíblicas; y en su constante evolución hacia la impiedad, va negando principios y dogmas hasta haberlos destruido todos, sin dejar piedra sobre piedra y conseguir, la completa demolición de la Biblia y de la Revelación. ¡Cuan cierto es que una negación en el orden de la fe, lleva consigo la muerte de esa fe!

Sin hablar, por ahora, de los más avanzados elementos del campo racionalista, bueno será notar que la teología protestante siguió o bien por el camino abierto y preparado por el pastor de Suabia, o bien se adhirió a las ideas de Gottblo Pablo, sin que faltasen tampoco quienes siguieran y siguen lo que pudiera llamarse eclecticismo bíblico, tomando de acá y de acullá ideas y opiniones, que ni siquiera tuvieron la precaución de armonizar entre sí, dándose con frecuencia el caso de estar en oposición unas partes del libro con otras.

Aun los elementos más conservadores del protestantismo teológico, con muy contadas excepciones, se han dejado impregnar de las negaciones atrevidas de los racionalistas alemanes y no es infrecuente dentro del seno de las sectas más conservadoras, el caso de un pastor, que, como el americano Grant, de New York, predica desde el púlpito de su Iglesia en la famosa Quinta

Avenida, no ser Cristo más que puro hombre, con otras monstruosidades no menos impías, sin que su obispo se atreva a destituirlo y arrojarlo del púlpito que con sus blasfemias profanó. Veremos, al ocuparnos más adelante de la crisis religiosa en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, cuán profunda sea la llaga de impiedad e irreligión en el cuerpo de las sectas protestantes y cuán grande sea el mal que el racionalismo ocasionó a esas sectas.

Dentro mismo del catolicismo y debido al influjo de los estudios racionalistas prodújose una descomposición, que causó no pocas defecciones y que, si no hubiera sido de origen divino y tuviera de su parte la seguridad de su perpetuación a través de todos los siglos, sin que puedan prevalecer contra él las puertas del infierno, tal vez hubiera dado al traste con su robustez, ocasionándole la muerte. La heregia modernista, que con tanta sagacidad descubrió el sapientísimo Pio X, había hecho presa en no pocos escritores y pensadores católicos y hubiera causado terribles estragos a no haber tan a tiempo acudido el Sumo Pontífice, que, con admirable energía, cortó los miembros podridos y limpió para siempre los recintos sagrados de las ciencias eclesiásticas de la peste racionalista, que había logrado introducirse en ellos.

En dos puntos fundamentalísimos convienen todos los escritores protestantes de la escuela liberal, y aun no pocos de los que se llaman conservadores; en la negación rotunda y categorica, sin apelaciones posibles, de la autenticidad del Antiguo Testamento, sobre todo del Pentateuco, y en la duda, cuando no en la negación radical y sin eufemismo, de la Divinidad de Jesucristo.

Y una vez que Cristo haya sido eliminado de su Iglesia; ¿qué le quedará a esta, que no pueda ser comparado y quizá pospuesto a lo que otras Iglesias enseñan? Si Cristo no es Dios, en su iglesia no puede existir el elemento divino y no habiéndolo queda reducida a la categoría de una religión cualquiera, más imperfecta, quizá, que el budhismo o el mahometismo.

Con frecuencia hemos visto en las revistas y periódicos establecer comparaciones entre la grandeza de Cristo y la de Budha o Mahoma u otros grandes hombres de la antigüedad clásica y aun de hombres de nuestros tiempos. Ello no es sino una consecuencia del espíritu de racionalismo que, poco ha poco, ha ido infiltrándose en las mentes de nuestros escritores, gracias a los textos racionalistas que la dominación americana nos trajo y que paulatinamente va moldeando las conciencias de nuestros hombres de estudio.

El racionalismo germano, del que con tanta extensión nos hemos hasta aquí ocupado, fué extendiéndose como una plaga por todos los pueblos civilizados, sobre todo por Francia y por Inglaterra; se fué filtrando en las ciencias y en las artes; en la literatura y en las costumbres. Su dogma fundamental es la negación de todo orden sobrenatural y la afirmación, en consonancia con tal negación del origen exclusivamente humano del cristianismo.

Y aquí, si el lector no lo tiene a mal, damos fin a la historia del racionalismo germano, para dar comienzo a la del positivismo y naturalismo francés, cuyos dos más altos exponentes son Litré y Renán.

"FILADELFO".